

Las huellas de la civilizacion se veian en sus ciudades más ostensiblemente que en las de las otras islas que hasta entonces habian visitado los españoles.

Eran además comerciantes, y cambiaban con los moradores de las islas del archipiélago las telas de algodón bordadas de oro y estampadas con vivos colores, y los animales que crecian en sus montañas por los productos de aquellos.

Como en todos los pueblos primitivos, la agricultura y la guerra eran las ocupaciones de los vasallos de Quibiam, y éste habia llegado al puesto que ocupaba encumbrado por el prestigio que su talento en la paz y su valor en la guerra le habian conquistado.

Era, en efecto, astuto, diestro, hábil, inteligente, y al mismo tiempo valeroso, arrojado, audaz, terrible.

A él debian los indios el arte de fundir el cobre y de pulimentar el oro.

Sin más guia que sus conocimientos de las estrellas, conducia las embarcaciones, anunciaba las tormentas y evitaba los peligros del mar.

Poseia la ciencia de curar las enfermedades por medio de yerbas, mariscos y conjuros.

Su padre Mayarima, rey tambien de Veragoa, habia cifrado en él todo su amor, todo su orgullo, toda su gloria, y los primeros años del joven príncipe habian trascurrido para él sin que una nube oscureciera el horizonte de su vida.

Y sin embargo, rodeado de todos los placeres, de todas las felicidades de la tierra, protegido por la ve-

Capítulo XXIX.

Quibiam, rey de Veragoa.

El soberano de Veragoa se llamaba Quibiam.

Sus dominios se extendian desde las orilas del rio Tebra hasta las del Urira.

Varias razas le rendian tributo.

Los doraces, los gunies, los urigayas, los juries, los curigaes y los indios de Pariari y de la inmensa laguna de Chiriquiri, eran sus tributarios.

Dominaba tambien las costas de Nicaragua, y los habitantes de las islas de la Jamáica, de Bonquen, de Guanahani, de Cubanacan y de Guayarina le acataban y temian.

Los naturales de aquel país tan extenso, aunque de diversas tribus y regidos por caciques especiales, reconocian como soberano legitimo á Quibiam.

neracion y el afecto que inspiraba á su patria, halagado por las esperanzas que ofrecia á sus vasallos, el niño fué hombre antes que jóven.

En vez de mecerse en los brazos de la ilusion, en vez de acercar á sus lábios la dorada copa del placer y de abrir su corazon á los sentimientos amorosos, fué desde su primera edad uno de los más valerosos guerreros de su pátria.

Hallábase esta en guerra con algunas tribus, y Quibiam, como si presintiera el porvenir que le estaba reservado, no quiso más juguete que la flecha y el arco.

Con estas armas, al lado de los más valientes guerreros, se familiarizaba con el peligro, se ejercitaba en la guerra y desarrollaba las cualidades que más tarde habian de adquirirle el prestigio de que gozaba.

Mayarima murió, dejando á su hijo en los albores de la juventud.

Una terrible escena, que constituia una costumbre de aquel pueblo, y de los de la mayor parte de los que formaban aquellas comarcas, presenció el jóven rey.

Elegido por aclamacion para suceder á su padre, levantó su trono, como aquel lo habia hecho antes, sobre un sacrificio que horroriza.

Era costumbre cuando moria un soberano matar á su esposa y enterrarla con él.

Al mismo tiempo se buscaban cien caciques de los más afectos á la persona del monarca, y al lado suyo eran tambien enterrados.

Los cien caciques más amigos de Mayarima bajaron al sepulcro, y sobre sus tumbas empezó su reinado el jóven Quibiam.

La bárbara costumbre que acaba de citarse tenia su origen en la veneracion de aquellos pueblos hácia sus reyes, á quienes suponian descender del cielo ó de la luna.

Creian en la inmortalidad, y con el fin de que el monarca tuviese al lado suyo á las personas más predilectas de su corazon, para que le prestasen toda clase de servicios, consumaban aquella hecatombe, á la que se sometian gustosos los que en vida habian gozado del favor del monarca.

En las comarcas de Darien, de Nicaragua y Veragoa, no sólo se enterraba cerca del rey á los caciques, sino que se ponian en su tumba los muebles de su casa, sus trajes, las armas que habia esgrimido y provisiones bastantes para que no le faltase nada.

La preocupacion llegaba á tal extremo, que casi siempre se arrojaba al mar á unos cuantos caciques y vasallos del rey para que por si acaso decidia viajar por mar, encontrase servidores dispuestos á auxiliarle.

Dice un poeta que ha consagrado páginas brillantes á bosquejar la simpática figura de Quibiam (P), que aquel sublime fanatismo deja entrever la abnegacion de aquellos pueblos, que reconocian un dios, otra vida y una resurreccion más ó ménos original, pero con todos los caracteres de las ideas más santas.

Sobre la losa que cubria los despojos de Mayari-

ma fué aclamado rey su hijo, y con arreglo al rito, permaneció cuarenta días y cuarenta noches llorando sobre aquella tumba.

Irayba, descendiente de las tribus de los naitingas, llegó hasta donde estaba Quibiam en una ligera canoa, suavemente empujada por la corriente del río Tebra.

Era hija de los reyes de Darien, é iba á ofrecer al príncipe una corona de flores.

Desde aquel momento compartió con él la hamaca real, y fué la madre de sus hijos.

Pero ni sus caricias, ni sus consuelos bastaban á alejar la profunda tristeza que se había apoderado del corazón de Quibiam.

Todo lo tétrico, todo lo horrible, constituían el goce de aquel mozo, que antes de ceñir á sus sienes la corona de las ilusiones, había tenido que ceñir la pesada diadema de un pueblo indómito.

Su melancolía aumentaba, y abandonaba muy á menudo su tosco palacio y la compañía de Irayba para subir á las sierras, contemplar las tormentas, respirar el aliento de los volcanes y adormecerse bajo la sombra de los bosques, para despertarse con el ruidito salvaje del jaguar, y bañar su mirada en los inflamados ojos de las fieras.

Quejábanse los indios de las invasiones que de cuando en cuando sufrían de los caribes.

Buscando alivio á sus pesares, abandonaba Quibiam su territorio, y con los más valientes guerreros, en ligeras canoas, iba á atacar á los caribes á sus pro-

pias islas, luchaba con ellos, los destruía, los llevaba prisioneros á sus estados, y allí los descuartizaba.

Pero sus triunfos sólo inspiraban una amarga sonrisa á sus labios.

Un día, no pudiendo sufrir la honda tristeza que devoraba su alma, partió en una canoa siguiendo la costa de Nicaragua.

Cien caciques en otras tantas le siguieron.

Empujado por la corriente, llegó á Ornofay.

No bien las tribus de aquella venturosa comarca descubrieron las coloradas plumas que adornaban su frente, subieron á las crestas de las montañas y con ellos su cacique Caimara (Q).

Caimara era jefe de las tribus de Guamuhaya, de Hanamanaya y de Guamaroce, tribus dóciles y pacíficas, que vivían felices protegidas por su generosidad y sus costumbres.

Nada más puro ni más bello que el espíritu que animaba á los vasallos de Caimara.

Profesaban el principio de que nadie tenía el derecho de derramar la sangre de sus semejantes, teniendo todos, por el contrario, el deber de ayudar á los desgraciados.

Apenas descubrieron estas hospitalarias gentes á Quibiam y á sus caciques, los saludaron con las mayores muestras de alegría.

Una hermana de Quibiam era la esposa de Caimara.

Saliendo al encuentro del rey de Veragoa, le ten-

dió los brazos, le llevó con sus caciques á la ciudad, le hospedó en su palacio y le dijo:

—Bien venido seas: mis tribus guardarán tu corona, mi hermana Lianata herirá las cuerdas de la maricuba cantando á su compás con melodioso acento los arcitos sagrados para alejar la pena de tu corazón.

Lianata, más bella que todas las demás indias, se presentó á cumplir las órdenes de su hermano.

Esta jóven era hija del cacique de Guaniguanico, de aquel venerable anciano que en el primer viaje de Colon á la Jamáica se le apareció pronunciando palabras que no podia olvidar el almirante, porque condensaban la moral más pura del corazón humano.

Llegó la noche, y las vírgenes alfombraron con palmas el camino que debia recorrer Quibiam para llegar hasta su lecho, y cubrieron la hamaca de flores olorosas.

Otras le presentaron el hibuelo con el licor de ananas ó maguey.

Para alejar el calor que le sofocaba, agitaron las indias los abanicos de pluma.

Las vírgenes cantaron de nuevo los arcitos, y á su compás cerró Quibiam los ojos, entregándose á un delicioso sueño.

Al despertar al dia siguiente, lo primero que vieron sus ojos fué el rostro encantador de Lianata.

Su inocente mirada ofreció á Quibiam tesoros de felicidad.

¡Pobre Irayba!

En aquel momento habia perdido todo el amor de esposo.

La hija del cacique de Guaniguanico habia despertado en el corazón de Quibiam los deseos que hasta entonces no habia sentido en su pecho.

¡Irayba, que hasta entonces habia constituido la suma de felicidad para su esposo, se hallaba expuesta á ser víctima de la volubilidad de Quibiam!

Lianata era su ídolo.